mantas que les servían de capas; con estas talegas daban de talegazos a todas las mujeres que encontraban por las calles. De aquí tomaban motivo los muchachos hasta hacerlas llorar (que esto suele ser muy ordinario en las burlas y rematar con veras). No sé si quiere oler esto a lo que los nuestros usan pocos días después en las carnestolendas; pero cuando no sea así, a lo menos sabremos por ello que esta invención de talegazos ha sido costumbre muy usada de muchas naciones del mundo y que los indios han entrado a las vueltas, en todas, con todos.

CAPÍTULO XXX. *De la fiesta que estos naturales hacían al dios del fuego llamado Xiuhtecuhtli y por otro nombre Izcozauhqui, en el mes décimo octavo y último de su calendario, llamado izcalli*

STE MES DÉCIMO OCTAVO y último de el calendario de estos indios, llamado izcalli, hacían fiesta al dios de el fuego, que era la segunda con que le honraban por el discurso de el año. El modo de celebrar esta fiesta era diferente de la pasada que le hacían en el mes décimo; porque entonces echaban vivos en el fuego muchos hombres, y en ésta no moría ninguno en los años ordinarios, sino era de cuatro en cuatro, que caía el bisiesto. Lo primero que se ordenaba para esta fiesta era salir a caza, así de animales de tierra como de agua, todos los mancebos de la república. Esto era a los diez días de aqueste mes y duraba esta caza todo el tiempo intermedio hasta el día de la fiesta. A los diez y seis días pasados sacaban fuego nuevo en honra de este dios Xiuhtecuhtli, apagando el común con que guisaban las viandas. Esto hacían a media noche delante de la estatua del fuego. Para este acto y ceremonia componían la imagen con tantas plumas ricas y piedras de valor y resplandecientes, que parecía estar encendida y abrasada con los visos y resplandores que de sí echaba. Llegada la fiesta venían muy de mañana los mozos y muchachos con la caza que habían podido haber y ofrecíanla en las manos de los sacerdotes y ancianos del templo; y era a las veces tanta que no se daban vagar a recibirla. Matábanla toda, o la más, y guisábanla para los señores y principales sacerdotes que entraban a las vueltas de ellos. Venía todo el pueblo y el común de las mujeres y ofrecían unos bollos que llaman tamales, hechos de bledos, que llaman huauhquiltamulli. De éstos daban uno a cada uno de los cazadores que comía y quedaba con esta remuneración y recompensa muy alegre y pagado. Comían de ellos también todos los populares aquel día en honra de la fiesta y bebían muy alegres de su vino.

El sacrificio de los años comunes y ordinarios era el de estos animales que echaban vivos en el fuego y allí morían y se asaban; pero de cuatro en cuatro años que tenían, como nosotros, el bisiesto, era el sacrificio y fiesta muy solemne y morían en ella muchos cautivos y esclavos, juntamente

con el que representaba la imagen y persona de este dios; en el cual año hacían muchas y muy grandes ceremonias, en la muerte de este dios, excediendo en ellas a todas las de los otros dioses. Hecho este sacrificio, salían el rey y todos los señores y gente de cuenta a bailar (que ya estaban vestidos y aderezados para ello muy rica y costosamente) y comenzaban su baile con mucha majestad y gravedad, porque así era muy ordinario cuando el rey bailaba. Llamábase este baile netecuhytotiliztli, que quiere decir baile de los señores y caballeros; este baile era de cuatro en cuatro años tan solamente. Este mismo día (luego en riendo el alba) comenzaban a agujerar las orejas a los niños y los bezos de la boca y echábanles en las cabezas un casco de plumas de papagayo, pegado con ocozotl (que es resina de pino) dando a todos los niños y niñas sus padrinos y madrinas para que los instruyesen y enseñasen; en las ceremonias y servicio de éste y de todos los otros dioses.

En algunas otras partes y pueblos (como era en Tlacupa, Coyuhuacan y Azcaputzalco) levantaban un gran palo rollizo de diez o doce brazas de largo y hacían un ídolo de semillas y, envuelto todo con papeles, ponían lo en lo alto de aquel madero y todo aquel día bailaban en su redonda y contorno (que era el de la vigilia); luego el siguiente de la celebración de su fiesta, por la mañana, llevaban esclavos y cautivos en guerra, los que los tenían atados de pies y manos y echábanlos en un gran fuego, que para esta crueldad tenían aparejado; y no bien acabados de quemar los sacaban de la hoguera y les sacaban los corazones y a la tarde echaban el palo en tierra y cada cual tomaba de la masa de que estaba amasado y compuesto el ídolo y todos procuraban llevar alguna parte de ella, porque creían que el comer algo de ella les había de hacer muy valientes y valerosos.

Mucho más es de espantar lo que en particular se hacía en el pueblo de Quauhtitlan, cuatro leguas de esta ciudad de Mexico. La vigilia de esta diabólica fiesta levantaban seis maderos, a manera de árboles de navío, atados unos escalones en cada uno; y en esta misma vigilia degollaban dos mujeres esclavas en lo alto del altar de los demonios y las desollaban enteramente con su rostro y sacábanles las canillas de los muslos; y el día de la fiesta por la mañana, dos indios principales se vestían estos pellejos, cubiertos los rostros con el cuero de las difuntas y tomaban en las manos las canillas y, muy poco a poco, bajaban por las gradas abajo del altar, bramando como bestias fieras, que ponía temor y espanto el verlos y oírlos; porque estaba en el patio y al derredor del templo muchísimo gentío a ver el espectáculo horrendo y temeroso y la gente, espantada de ver a estos dos ministros del demonio encubertados con las pieles de las indias sacrificadas, decían con temor y asombro, cuando venían bajando las gradas: ya vienen nuestros dioses; las cuales palabras repetían muchas veces. Llegados abajo comenzaban a tañer sus atabales y a estos enmascarados ponían les a las espaldas muchas cortaduras de papel cosidos, como en ala, donde iban más de cuatrocientos pliegos; y colgábanles del labio de la boca una codorniz degollada y sacrificada al demonio; y de esta manera bailaban estos dos, guiando la rueda de la danza o mitote. Delante de estos

dos sacrificaba, toda o la más gente que concurría a la fiesta, muchas codornices y eran tantas que cubrían el suelo por donde iban; y vez hubo (si no era siempre) que pasaron de ocho mil, porque para esta fiesta las buscaba la gente, que a ella venía de más de diez y doce leguas la tierra adentro; y al medio día las cogían todas y se las llevaban a los calpules y se las comían los señores y principales de la república, juntamente con los sacerdotes y ministros del demonio. Éstos, así vestidos con estas pieles humanas, bailaban todo el día con ellas y no se las quitaban hasta que la fiesta se acababa.

Luego seguía otra mayor y nunca oída crueldad, y era que en aquellos seis palos que la vigilia antes habían levantado, ataban aspados seis cautivos o presos en guerra, y estaban debajo a la redonda más de dos mil hombres y muchachos con flechas y arcos en las manos; y estas gentes, luego que bajaban los que los habían subido a atar, disparaban en ellos muchas flechas y así asaeteados y algunos aún no muertos, los dejaban caer de aquella altura y, de el grande golpe que daban en el suelo, se les quebraban los huesos y se machucaban. Sacábanles luego los corazones y llevábanlos arrastrando a otro lugar donde los degollaban y daban las cabezas a los sacerdotes y los cuerpos se llevaban los señores y principales y se los comían; y otro día con aquel nefando convite hacían también fiesta. No nota aquí el piadoso lector, como aquel soberbio ángel, que dijo: Subiré al cielo y encumbraré mi sitial y asiento sobre los astros celestiales y hacerme he semejante a Dios, como lo dice el santo profeta Isaías.[1] ¿Trabajó en esta tierra de levantar en alto sus crueles sacrificios? ¿Y aquel, que como traidor fue derribado de la cumbre de los cielos, trabaja por derribar y echar de lo alto a los hombres y en cuanto puede solicita y trabaja de llevar a los profundos del infierno sus almas y cuerpos? Pues de esta manera y de seis en seis mataban estos bestiales indios todos los que estaban dedicados para esta fiesta que hacían de el fuego, que eran cincuenta y sesenta, unos años más y otros menos, conforme podían haberlos en sus acometimientos y guerras.

No sólo hacían fiesta de cuatro en cuatro años a este dios Ixcozauhqui y cada año (como hemos dicho); pero cada día tenían ofrenda particular en cada casa, y era de esta manera: Cuando llegaba la hora de el comer (que tienen de costumbre comer junto de el hogar, por participar de las tortillas calientes) echaban en el fuego la parte de ella que podía ser el primer bocado y allí se quemaba; lo mismo hacían de la bebida; y esto llamaban tlatlaza, como decir en latín *libatio;* y en castellano, *gustadura.* También ponían flores junto de el hogar o brasero y echaban copal e incienso en las brasas, a ciertas horas del día y de la noche, levantándose a menudo a hacer este sacrificio y ofrenda.

Otros cinco días les sobraban en el año, que nunca acertaron a meterlos en orden, ni reducirlos a cuenta (como veremos), los cuales llamaban nemontemi, que quiere decir días baldíos y desaprovechados; y así los tenían

[1] Isai. 14

por sospechosos y de mal agüero, tanto que decían que todos los que nacían en ellos tenían malos sucesos y eran desgraciados en todas sus obras, eran pobres y míseros; y si era hombre el que en algun día de estos nacía, llamábanle Nemoquchtli, hombre desaprovechado y desgraciado; y si mujer, Nenciduatl, mujer baldía. Por esta razón no osaban hacer nada, ni emprender cosa alguna estos días, por tenerlos por mal afortunados; y en especial se abstenían de reñir, por tener por cierto que los que estos días reñían, se quedaban por aquel año con aquella mala costumbre. Éste es un abuso de que usan mucho nuestros rústicos españoles (y aun los muy avisados lo tienen y platican por gracia), decir en este primer día de enero no ser lícito reñir, ni hacer otras cosas semejantes, porque es entrar con mal pie en el año; y aun huele a ceremonia supersticiosa y gentílica antigua. Porque sabemos de los romanos que tenían en tanta estimación el primer día de enero, que lo tenían por muy festivo y no consentían que en él se trabajase, ni hiciese nada. Y ésta es la razón (para los que no lo saben) porque habiendo en el martirologio de nuestro calendario tantos santos y mártires para cada día del año, no hay ninguno para éste, porque los paganos nunca ejercitaron en él ningún acto de justicia, por la causa y razón dicha. Y con lo dicho queda concluido el calendario indiano, que contiene las fiestas que se llaman estables y fijas. Y aunque tenían otras que no guardaban este orden de fijeza, que se pueden llamar movibles, no las trato aquí, porque tienen lugar particular y libro propio.

CAPÍTULO XXXI. *De otras fiestas que celebraban los tlaxcaltecas en su provincia de Tlaxcalla, Huexotzinco y Cholulla, que es capítulo muy de notar*

IN ESTAS FIESTAS DICHAS en el calendario mexicano había otras muchas en diversas tierras, provincias y pueblos, en especial en Tlaxcalla, Huexotzinco y Cholulla, que eran señoríos de por sí (aunque después confederados o sujetos de mexicanos). Éstos adoraban un mismo dios, aunque lo nombraban con diferentes nombres. Los tlaxcaltecas y huexotzincas le llamaban Camaxtle; y los de Cholulla, Quetzalcohuatl; y entre otras muchas con que le celebraban en esta gran provincia a este falso dios Camaxtle, era una muy notable en crueldad de homicidios y sangre que se derramaba y ceremonias muy particulares y peregrinas. Esta fiesta se hacía en el principio de marzo; y aunque se le hacía fiesta cada año, era la mayor de cuatro en cuatro años, que era su grande Pascua. Este día de su celebración se llamaba teoxihuitl, que quiere decir año de dios. Llegado, pues, el año de esta gran fiesta, juntábanse en el templo todos los ministros que habían de hacer penitencia y levantábase, en medio de ellos, el más viejo de los tlamacazques (que en estas provincias dichas llamaban achcauhtli) y predicábales y exhortábales a la penitencia y ayuno; y entre